

Homilía del Domingo del Cuerpo y la Sangre de Cristo  
El 3 de junio de 2018

Hoy celebramos la Solemnidad del Santísimo Cuerpo y la Sangre de Cristo. Nosotros no estamos celebrando una ejecución horrible de una victima indefensa de la persecución y la injusticia. Estamos celebrando una victoria de la debilidad sobre el poder, de la compasión sobre el odio, del perdón sobre la acusación y el castigo. Estamos celebrando nuestra fe en el Señor Jesús, quien se entregó a morir una muerte intensa en la cruz, resucitó de entre los muertos, y ascendió al cielo. Estamos celebrando una cena de alianza con Jesús. Antes de que se entregó a muerte, comió la cena de pascua, una comida de alianza, con sus amigos más cercanos. El Evangelio nos dice

Jesús tomó un pan, pronunció la bendición,  
lo partió y se lo dio a sus discípulos, diciendo:  
«Tomen: esto es mi cuerpo».  
Y tomando en sus manos una copa de vino,  
pronunció la acción de gracias, se la dio,  
todos bebieron y les dijo: «Esta es mi sangre,  
sangre de la alianza . . . .»

«Esta copa es la alianza nueva sellada con mi sangre, que es derramada por ustedes» (San Lucas 22:20).

¿Qué es una alianza? En los términos de fe, el origen de la palabra es en judaísmo. Una alianza es un acuerdo que ocasiona una relación de compromiso entre Dios y su pueblo. La comida que Jesús celebró con sus doce discípulos fue la comida de alianza más importante para los judíos, la Pascua. Fue la Pascua conmemorando su salida de la esclavitud en Egipto. Inseparablemente conectado a la Pascua fue el don de Dios de los mandamientos a su pueblo, sellado por la alianza de la sangre en el monte Sinaí, que escucharon en la primera lectura. ¿Qué significó aquellas alianzas? La significación es declarada en el libro de Éxodo:

Ahora, si ustedes me escuchan atentamente y respetan mi alianza, los tendré por mi propiedad personal entre todos los pueblos, siendo que toda la tierra es mía., serán para mí un reino de sacerdotes y una nación que me es consagrada. Esto dirás a los israelitas.” Volvió Moisés y llamó a los ancianos del pueblo, y les expuso todas estas instrucciones que Yavé le había dado. Todo el pueblo a una voz contestó: «Haremos todo lo que Yavé ha mandado» (Éxodo 19:5-8).

En la primera lectura de hoy oímos esa respuesta de la gente dos veces: «Haremos todo lo que dice el Señor». Y «Haremos todo lo que manda el Señor». Encontramos en la Biblia, sin embargo, que a pesar de sus votos repetidos para hacer lo que el Señor había dicho, no guardaron sus votos. La promesa a la gente de Dios en el Antiguo Testamento fue cumplida sólo parcialmente, la promesa de que ellos serían «un reino de sacerdotes y una nación que . . . es consagrada [a Dios]». Muchos de ellos no obedecieron a Dios o guardaron su alianza.

Homilía del Domingo del Cuerpo y la Sangre de Cristo  
El 3 de junio de 2018

Ahora esa promesa de la alianza ha sido extendida en Jesús a todo el mundo, a ambos judíos y gentiles, es decir, a nosotros. Encontramos en la primera carta de San Pedro estas palabras, escritas a la Iglesia, la nueva gente de Dios:

*Pero ustedes son una raza elegida, un reino de sacerdotes, una nación consagrada, un pueblo que Dios hizo suyo para proclamar sus maravillas; pues él los ha llamado de las tinieblas a su luz admirable (I Pedro 2:9).*

Como oímos en el Evangelio, la comida de la alianza para nosotros los cristianos es nueva, aunque no completamente nueva. La nueva alianza está basada en la antigua ya que la antigua alianza era una promesa no cumplida. En la comida de la alianza de la gente de Dios en el Antiguo Testamento, es decir, en la Pascua, «cada familia compartía . . . el pan [y] bebían de un cáliz de vino sobre el que se había proclamado una bendición . . .» (Catecismo Católico de los Estados Unidos para los Adultos, p. 228). Sobre el pan, las palabras fueron, «Bendito eres tú, Señor, nuestro Dios, rey del universo, quien saca el pan de la tierra. Amén». Sobre el vino, «Bendito eres tú, Señor nuestro Dios, rey del universo, quien creo el fruto de la vid. Amén». Nosotros escuchamos al padre John orar la bendición sobre el pan, «Bendito seas, Señor, Dios del Universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos: él será para nosotros pan de vida». Sobre el vino ora, «Bendito seas, Señor, Dios del Universo, por este vino, fruto de la vid y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos: él será para nosotros bebida de salvación». Noten que estas bendiciones son similares a los que oraron en el judaísmo, pero algo es añadido. Lo que es añadido es el resultado de la Nueva Alianza con toda la humanidad: «[El pan] será para nosotros pan de vida» y [el vino] será para nosotros bebida de salvación».

Los judíos continuaron celebrar la comida de la alianza. Lo celebran a este día, pero ahora nosotros los que no son judíos hemos sido invitados a ser la gente de Dios, sus hermanas y hermanos. Recuerde que Dios dijo que «si ustedes me escuchan atentamente y respetan mi alianza, los tendré por mi propiedad personal entre todos los pueblos, siendo que toda la tierra es mía». Jesús nos pide más de lo que recibimos su cuerpo y su sangre. Él dijo, «Si ustedes me aman, guardarán mis mandamientos» (San Juan 14:15). Él dijo, «Este es mi mandamiento: que se amen unos a otros como yo los he amado. No hay amor más grande que dar la vida por sus amigos, y son ustedes mis amigos si cumplen lo que les mando» (San Juan 15:12-14).

Mientras celebramos el Santísimo Cuerpo y la Sangre de Cristo, que este día sea una renovación de nuestras promesas a él, nuestra renovación de la alianza en espíritu y en verdad, y que esta renovación nos recuerde que, aunque vemos el abuso y uso incorrectamente del poder y vemos el odio y la injusticia, ellos no prevalecerán. Nuestro Dios nos ha dicho a nosotros, «Te basta mi gracia, mi mayor fuerza se manifiesta en la debilidad». (2 Corintios 12:8). Que nosotros en nuestra renovación respondamos, no sólo con nuestras palabras sino con nuestras vidas, diciendo, «Haremos todo lo que Yavé ha mandado». Y ¿qué ha dicho el Señor? «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (San Marcos 12:31).